UN HIJO DE LA CLASE OBRERA

He visto pasar por Montevideo grandes poetas, incomparablemente superiores a Marcos Ana: nunca he presenciado ese fervor de jóvenes que por centenares lo rodean pidiéndole un autógrafo, nunca oí decir, con acento desolado, cuando se trataba de hacerlo salir de la muchedumbre: "Por favor, deje que me firme mi libro: he venido desde Melo para verlo y debo volverme esta noche". *No hay duda de que esos millares que se trasladan detrás de él desde el Victoria a "MARCHA", desde "MARCHA" al Solís, conocen y admiran algunos de sus poemas, pero la adhesión, por encima, o más bien, a través de esa poesía, va hacia él, al hombre Marcos Ana. No se equivocan porque la experiencia mayor es su presencia personal, y en ella estos jóvenes han visto, en carne viviente, un alto ideal de lo humano.*

La frase más reiterada, la comprobación más obvia, no bien se le ha visto y oído, ha sido una pregunta que testimoniaba a la vez el motivo que llevaba a verle y la admiración que promovía: ¿"Cómo ha podido pasar indemne por su experiencia carcelaria?" Su aspecto físico —delgado, ágil—; su rostro —despejado, sonriente, franco—, sorprendían con una juventud pasmosa para sus 43 años actuales. Es increíblemente joven y es una de las paradojas triunfantes de su historia que quienes pretendieron robarle la vida y la juventud —metiéndolo a los dieciocho años en una cárcel para guardarlo en ella ventitrés años y sólo liberarlo ante el clamor universal— no hayan podido destruir esa fresca impronta juvenil que está en cada uno de sus gestos y palabras, de que siga siendo "el chaval" como lo era al entrar a la cárcel. Pero un "chaval" —entusiasta, fervoroso, como un joven de 18 años— que tiene la entereza y la convicción que corresponden a sus años en los que está inscripta una dura experiencia de vida.

Estamos demasiado acostumbrados a una literatura que pinta al hombre destruido y emporcado por las maquinarias de la sociedad moderna, demasiado acostumbrados a las profecías macabras que van de Kafka a Orwell, demasiado rodeados de los mimosos productos sobre la incomunicación y la soledad, como para que la experiencia de este hombre no resulte estruendosamente insólita, y su frescura, su fe profunda, sostenida en medio de una desesperada situación, no nos reanime y conmueva. ¿Qué mejor escenario para un drama sobre la incomunicación, que la cárcel? Analizando los famosos dibujos de Piranese "Las cárceles", Huxley renovaba su ya jocosa teoría sobre la soledad infernal, distinta sólo en el matiz expresivo de la formulación sartreana de que "el infierno son los otros". Y bien, ahí dentro, en una situación que podría ser concreta motivación de La colonia penitenciaria *kafkiana o de cualquier libro de Genet, ha vivido los veintitrés años que abarcan la juventud, Marcos Ana, y de ahí ha salido, entero, posible de sentirse extraviado cuando está solo al aire libre, pero capaz de insertarse vivamente en las esperanzas de los hombres, porque para ello ha estado preparándose entre los muros de la cárcel de Burgos.*

Estamos en una pequeña, luminosa pieza con ventanas sobre el mar, y de eso conversa sin mirar hacia el cielo abierto, cara a cara: "Desde el comienzo nos organizamos; teníamos nuestras reuniones de estudio, habíamos establecido clases para enseñar de todo, desde las primeras letras hasta educación política. Yo estaba en la comisión de cultura y teníamos a nuestro cargo las publicaciones, los diarios murales. Después cuando en la cárcel nos empezaron a dar clases era más complicado, porque funcionaba junto con el sistema oficial el nuestro propio que a veces coincidía y a veces no. Nuestro problema era ocupar el tiempo y trabajar como si estuviéramos afuera, para el día en que estuviéramos afuera. Los presos ahora no son aquellos que antes iban marcando con rayitas los días que pasaban, a la espera de la liberación, sin hacer nada. Teníamos reuniones permanentes, trabajábamos. Al principio éramos un grupo separado de los demás presos comunes. Fueron errores nuestros, éramos demasiado sectarios, y en el patio teníamos nuestro sector, separado. Después resolvimos cruzar el patio, meternos con ellos, ver si podíamos ayudarlos. Con los muchachos lo conseguimos. Sé de más de un caso de muchacho que había entrado por pequeños robos, a los que enseñábamos a leer y les explicábamos lo que pasaba en España, y que años después volvieron a la cárcel, pero ya no por robos, sino por trabajar en el movimiento contra Franco".

Me llama la atención, oyéndolo, el uso del "nosotros", el uso natural, sin vergüenza, de la palabra "hermanos", y a través de su larga y minuciosa historia de la vida en la cárcel, se desprende la imagen de una sociedad de hombres mancomunados, trabajando juntos tesoneramente, sosteniéndose unos a otros. Debe reconocerse que es verdad lo que él dice: es uno de ellos, nada más. Se piensa, para explicarlo, en esa desmesura hispánica que da lo sublime y lo horrendo en dosis igualmente abundantes: el mantenimiento de la pena del garrote vil que es una manifestación cruda de la barbarie, y la tenacidad gloriosa de estos hombres que conviven con la muerte, con la tortura, con los detritus de la sociedad y pasan a través de todo, no diría indemnes, sino aguerridos.

"Mira, durante los dos primeros años, yo estaba en un convento de escolapios habilitado como cárcel. Junto con un médico republicano, que por cierto después lo mataron, bajábamos todas las noches a ayudar a los compañeros que iban a ser fusilados al día siguiente. Había un salón grande, como un refectorio, donde encerraban a los cuarenta de cada día. Sí, no menos de cuarenta por día, y durante dos años. Y eso sólo en una cárcel. Mira, se calcula que en esos dos años después de la guerra fusilaron a 300.000 hombres. Eso lo vi yo, que era un muchacho, tenía dieciocho años apenas, y junto con aquel médico íbamos a conversar con ellos, a prepararles algún chocolate, a recibir sus últimos encargos para las familias. He visto, no uno, muchos, que estudiaron hasta el último momento, que cerraron el libro sólo cuando los llamaban para fusilarlos".

Esto no se explica por desmesura o heroísmo hispano, y no creo en ninguna explicación meramente telúrica del hombre. Busco otra explicación y la encuentro, provisoriamente, en ese "nosotros" de una fe colectiva. "El noventa por ciento de nuestra vida en la prisión correspondía a la vida de afuera" *me dice, y recuerdo un texto suyo donde explica cuánta ayuda le significaron sus creencias sociales. No me importa cual sea exactamente la suya, pero es una fe que se ha hecho carne, una fe compartida con otros hombres y eso, evidentemente, es dinamita pura: nada hay más fuerte en el mundo. Sin esa fe hubiera sido difícil de entender esta sobrevivencia, este pasar por el fuego endureciéndose, porque siempre sorprende en él la ubicación justa, la sencillez y prudencia con que explica su vida, sin engrandecerla con ademán de héroe narcisista, ni disminuirla con falsa humildad. La comprensión profunda de la realidad le ha valido liberarse psicológicamente de la carga áspera del sufrimiento y del resentimiento: "yo no he salido con rencor" dice, y cada uno de sus ademanes lo prueba. Donde otros hubiéramos imaginado la furia vengativa, justificada, encontramos una dimensión que es, sin duda, superior, más cabal y viril: la del revolucionario. La de aquel que ha hecho ingresar su propio dolor como la cuota de un esfuerzo conjunto, de "hermanos", como él dice siempre, para instaurar un mundo mejor.*

Pero aún esto no explica entera su persona, y algo voy comprendiendo cuando me cuenta con cierta ingenuidad, de sus dificultades para dominar el "oficio" poético, los consejos de Aragón y de Alberti, su deseo de poder consagrarse más a su tarea creadora y la imposibilidad de hacerlo porque los "hermanos" de las cárceles españolas necesitan que él vaya de país en país pidiendo justicia. "Yo no soy un poeta esencial", *dijo, para hacer entender que podría ocurrirle que llegara el día en que prescindiera de la poesía, y que, habida cuenta de los valores humanos y culturales que él no podría abandonar sin destruirse, era, realmente,* "un hijo de la clase obrera". *Exactamente: es un hijo de la clase obrera, es un proletario, nacido en ella, formado en ella a pesar de los muros que lo aislaron del mundo, y que partiendo de los elementos propios de su cultura ha ido ingresando en el "campo intelectual", sin ser por eso un intelectual, siendo todavía, en la mejor acepción de la palabra, un proletario.*

Nada hubiera hecho más feliz a Antonio Machado, él que presenció la atonía desesperanzada de su pueblo durante un tercio del siglo, saber que su obra, junto con la de Rafael Alberti y Miguel Hernández, había de penetrar una cárcel franquista española, ser colocada subrepticiamente dentro del "petate" de un preso, condenado a celda de reclusión por haberse reconocido responsable de la edición de un periódico clandestino y a quien sus compañeros buscaban ayudar de la soledad a que durante meses se le condenaba. De esa lectura entre cuatro paredes nacería un poeta proletario. No un intelectual burgués que se traslada por convicción al campo proletario, sino un poeta proletario que se educa y se crea a sí mismo por la palabra de aquellos poetas burgueses que se aproximaron a su causa. Su lenguaje artístico, algunas de sus formas expresivas, evocan a esos poetas a los que Marcos Ana rinde culto; pero el meollo original, irreductible, el que da sentido nuevo a esta creación nace de haber compartido la vida y las esperanzas de la clase obrera.

En uno de sus notables dibujos, Suárez ha ridiculizado la situación de esos grandes diarios montevideanos, que han ignorado la presencia de Marcos Ana en el país, en el mismo momento en que la ciudadanía acudía en masa a los diversos actos donde él hablaba y lo seguía entusiasmada. ¿Por qué este culposo silencio? Los preguntos crímenes de Marcos Ana, patéticamente presentados en espléndida edición por la embajada de Franco, hace rato que han sido refutados categóricamente, y si en verdad se creyera en ellos, este era el momento más indicado para debatirlos con el acusado, aunque obligara a esos diarios a hacer suya la voz de Franco. No son tales crímenes los que explican el silencio, sino esta presencia proletaria de quien, luchando contra una escasa cultura, contra la cárcel, contra la parálisis de una sociedad estratificada, ha construido una poesía comunicante que ha roto los muros y ha llevado al mundo una voz obrera, adulta, formada.

Que un hijo de la clase obrera ingrese a la vida intelectual, a pesar de esas condiciones contrarias, es un índice claro de una remoción social muy amplia que a la vez de instaurar, tímidamente aún, una nueva corriente creadora, hace vacilar muchos falsos productos, relamidas construcciones de sectores agotados de la sociedad contemporánea. Abre la perspectiva de una cultura vitalizada. Contra los fantasmas de la incomunicabilidad, del aislamiento, del solipsismo, que el nefelibata (experto en confusionismo mentiroso para asamblea de intelectuales) ha edificado como un baluarte para su pequeñez, esta poesía de Marcos Ana tiende el puente del diálogo, de la vida creativa, del testimonio de un hombre renovado.

Angel Rama